

*Carta 1. A Domingo Martín Vicente, sacerdote diocesano de Salamanca  
San Esteban de Zapardiel (Ávila), 15 de enero 1990.*

A Domingo, hermano entrañable, la gracia y la paz de Jesús, nuestro hermano y Señor.

Bendito sea el Padre de las misericordias porque nos ha dado a su Hijo en la carne. Y bendito sea también porque la Iglesia, el cuerpo y la plenitud de su Hijo, es una fraternidad encarnada que nos hace vislumbrar la misericordia del Primogénito en las manos abiertas de tantos hermanos.

No puedo agradecer al Señor lo bastante esta noche oscura, en ansias y en amores inflamada, la noche iluminada por su gozo. Ha sido paso del Señor por mi barro frágil y quebradizo. Tiempo de Pascua. Noche pascual. “Oh noche, amable más que la alborada, oh noche que juntaste Amado con amada, amada en el Amado transformada”.

En la noche se experimenta la pequeñez desde la claridad de su rostro. Más que el peso de nuestra perdición es la ternura de sus ojos la que hace estremecer nuestro barro. Él sabía que necesitaba empezar a convertirme, a ser un pequeñuelo de su misericordia. Con mi aparatoso armazón del juego de los cabezudos fui sorprendido por Él, que en el juego quería quitarme semejante máscara, para ser de verdad el chavalillo de su amor. Ya no vivir más en Él desde nosotros, sino en Él desde Él, en la unidad del Espíritu Santo.

En este tremendo juego al que me invitó el Señor, “caí en tristeza y angustia”, como buen intelectual fariseo al que se le quita el listón de las obras, para que se quede solo con la fe desnuda, la esperanza viva y el amor enloquecido. Por eso los compañeros de juego, vosotros, mis hermanos queridos, me pasasteis de unas manos a otras para que mi pie no tropezara en las piedras. Sé que os lo dijo el Señor al oído, Él que amaba más que yo mi flaqueza.

Por eso, a la hora de dar gracias, es a Él, a quien debemos levantar los ojos. Con el cariño de una madre nos ve como a “buenos chicos”, a pesar de ser tan “trastos”. El Señor es nuestra alabanza, nuestra benevolencia, nuestro refugio. Pero al tiempo por Él, podemos decir las palabras del cántico nuevo: Aleluya. Amén. Pues en la mesa donde pone su copa en nuestras manos juntas, que sea Él alabanza a la gloria de la gracia del Padre, en la unidad del Espíritu Santo.

Hasta luego. Que el Señor estreche cada vez más en su amor esta fraternidad entre nosotros, que él fundó, fortaleció y llevará adelante. Gloria al Padre, por el Hijo en el Espíritu Santo. Un abrazo con su paz.

Marcelino

*(El sobre está sellado en Madrigal el 15 de enero de 1990)*